

mundo miseria y abyeccion, el mundo bienestar y riqueza; y al mundo ignorancia y caos, el mundo pensamiento y esplendor!

La caridad así comprendida era lo que constituía el ser moral é intelectual de nuestros primeros misioneros. De aquí ese celo inaudito con que trataban de abarcar al hombre en todas sus relaciones, y seguirle en todas las situaciones de la vida para derramar en cada una un beneficio; de aquí ese empeño altamente fecundo que convertía al misionero en instrumento de la creencia religiosa y en obrero de la civilización. Vémoslo prácticamente en Fr. Domingo de Santa María.

Bien así como Betanzos y Las Casas son los políticos por escelencia de la orden dominicana, el personaje de que vamos á hablar es el tipo social mas acabado de que con justicia puede gloriarse. Nada se sabe de sus primeros años: todo lo que ha llegado á nuestra noticia es que fué natural de Jerez de la Frontera, y que en su juventud vino á Méjico con su familia, que se avecinó en esta capital. En ella vivieron con honra y distincion merced á su buen comportamiento, siendo el jóven uno de los que en su clase se aventajaban en decencia y apostura.

Con tan buenas prendas estaba muy bienquisto en la sociedad, y en su porvenir le esperaba sonriendo amorosamente la fortuna; pero he aquí que cuando la vida le ofrecía mas halago y seducciones, toma súbitamente la resolucion de encerrarse en el claustro, siendo inútiles todos los esfuerzos que se hicieron para apartarle de su idea.

Dos años despues le vemos convertido en un fraile austero y riguroso consigo mismo, mas al propio tiempo indulgente y amable con los demas. Imagináronse todos que la finura de sus modales, su porte caballeroso y la estrecha amistad que le ligaba con personas de alto puesto, le hacian á propósito para residir en la ciudad, donde su permanencia podia ser provechosa á su convento: así era la verdad; pero él abrigaba pensamientos mas nobles, aspiraciones mas encumbradas, y profesando en toda su estension el principio de que nadie es apóstol entre los suyos, solicita y obtiene del superior el permiso de ir á establecerse en el convento recién fundado de Yanhuitlan, pueblo de la Mixteca.

Su primer cuidado allí es aprender la lengua de los naturales, en cuyo estudio llega á hacer tales progresos, que en breve no

solo fué capaz de enseñarla, sino de reducirla á reglas, y escribir en ella un tratado de la doctrina cristiana.

Una vez dueño de este vehículo para comunicar sus ideas, comienza desde luego la série de sus tareas evangélicas y la divulgacion de los conocimientos y doctrinas que dan por resultado suavizar las costumbres, y mejorar la condicion social de aquellos pueblos. El fué quien los instruyó en el modo de criar la seda, conociendo la buena disposicion del clima para esa suerte de industria, y plantó él mismo é hizo plantar los morales, cuyo cultivo se esmeró en enseñar teórica y prácticamente. Perfeccionó ademas el de los nopales, y señaló los medios mas á propósito para multiplicar los ganados. En una palabra, ofreciendo en una mano el alimento del espíritu y en la otra el pan del cuerpo, trasformó en pocos años el lugar de su residencia y toda la comarca en un jardin delicioso, en una magnífica alquería.

Sin embargo, algun tiempo despues, acatando una orden de su prelado y electo prior de este convento, tuvo que dejar á Yanhuitlan con gran sentimiento de los moradores, y volvió á Méjico, donde residió hasta su muerte, que se verificó siendo provincial. No hace muchos años todavía recordaban los pueblos de la Mixteca con efusion de gratitud el nombre de su buen padre Fr. Domingo de Santa María.

FR. BERNARDINO DE MINAYA.

Observó muy bien el gran Humboldt que los hijos de esa comarca son inteligentes, activos é industriosos, y esto se debe en parte á los dominicos que se establecieron en ella, los cuales convirtieron sus moradas en otros tantos focos de ilustracion y de cultura.

Apóstol no de la Mixteca, sino de la Zapoteca que linda con ella fué el P. Minaya, y en su conducta no se desvió ni un ápice de la observada por el buen religioso cuya vida acabamos de bosquejar. Mas por cuanto se advierte una semejanza casi completa entre una y otra, escusaremos pormenores acerca de la del P. Minaya, y solo referiremos un incidente ocurrido en su viaje á los lugares donde iba á doctrinar.

El lector verá con gusto en este episodio la parte que cupo á los niños indios en la destruccion de la idolatría, y en la propagacion del Evangelio. Pero cedamos el puesto al P. Motolinía, contemporáneo del suceso:

“Vino aquí á Tlaxcallan un fraile domingo llamado Fr. Bernardino Minaya, con otro compañero, los cuales iban encaminados á la provincia de Oaxyecac (hoy Oajaca): á la sazón era aquí en Tlaxcallan guardian nuestro padre de gloriosa memoria Fr. Martin de Valencia, al cual los padres dominicos rogaron que les diese algun muchacho de los enseñados, para que los ayudase en lo tocante á la doctrina cristiana.

“Preguntados los muchachos si habia alguno que por Dios quisiese ir á aquella obra, ofreciéronse dos muy bonitos é hijos de personas muy principales: al uno llamaban Antonio; este llevaba consigo un criado de su edad que decian Juan, al otro llamaban Diego; y al tiempo que se querian partir dijoles el P. Fr. Martin de Valencia:

—“Hijos míos, mirad que habeis de ir fuera de vuestra tierra, y vais entre gente que no conoce aun á Dios, y que creo que os vereis en muchos trabajos: yo siento vuestros trabajos como de mis propios hijos, y aun tengo temor que os maten por esos caminos; por eso antes que os determinéis miradlo bien.

“A esto ambos los niños conformes, guiados por el Espíritu Santo respondieron:

—“Padre, para eso nos has enseñado lo que toca á la verdadera fe: ¿pues cómo no habia de haber entre nosotros quien se ofreciese á tomar trabajo para servir á Dios? Nosotros estamos aparejados para ir con los padres, y para recibir de buena voluntad todo trabajo por Dios: y si él fuere servido de nuestras vidas, ¿porqué no las pondremos por él? ¿No mataron á San Pedro crucificándole, y degollaron á San Pablo, y San Bartolomé no fué desollado por Dios? ¿Pues por qué no moriremos nosotros por él, si él fuere servido!

“Entonces, dándoles su bendicion, se fueron con aquellos dos frailes, y llegaron á Tepeyacac, que es casi diez leguas de Tlaxcallan. En aquel tiempo en Tepeyacac no habia monasterio como le hay ahora, mas de que se visitaba aquella provincia desde Huexotzinco, que está otras diez leguas del mismo Tepeyacac, é iba muy de tarde en tarde, por lo cual aquel pueblo y toda aquella provincia estaba muy llena de ídolos, aunque no públicos.

“Luego aquel padre Fr. Bernardino Minaya envió á aquellos niños á que buscasen por todas las casas de los indios los ídolos y se los trajesen, y en esto se ocuparon tres ó cuatro dias, en los cuales trajeron todos los que podian hallar. Y despues apartáronse mas de una legua del pueblo á buscar si habia mas ídolos en otros pueblos que estaban allí cerca: al uno llamaban Quauh-tinchan, y al otro, porque en la lengua española no tiene buen nombre, le llaman el pueblo de Orduña, porque está encomendado á un Francisco Orduña.

“De unas casas de este pueblo sacó aquel niño llamado Antonio unos ídolos, é iba con él el otro su page llamado Juan: ya en esto algunos señores y principales se habian concertado de matar á estos niños, segun despues pareció; la causa era porque les quebraban los ídolos y les quitaban sus dioses.

“Vino aquel Antonio con los ídolos que traía recogidos del pueblo de Orduña, á buscar en el otro que se dice Quautitlan si habia algunos; y entrando en una casa, no estaba en ella mas de un niño guardando la puerta, y quedó con él el otro su criadillo; y estando allí vinieron dos indios principales con unos leños de encina, y en llegando, sin decir palabra, descargan sobre el muchacho llamado Juan, que habia quedado á la puerta, y al ruido salió luego el otro Antonio, y como vió la crueldad que aquellos sayones ejecutaban en su criado, no huyó, antes con grande ánimo les dijo:

—“Por qué me matais á mi compañero que no tiene él la culpa, sino yo, que soy el que os quito los ídolos, porque sé que son diablos y no dioses? Y si por ellos los habeis, tomadlos allá, y dejad á ese que no os tiene culpa.

“Y diciendo esto, echó en el suelo unos ídolos que en la falda traía. Y acabadas de decir estas palabras ya los indios tenían muerto al niño Juan, y luego descargan en el otro Antonio, de manera que allí tambien le mataron. Y en anocheciendo toma-

ron los cuerpos, que dicen los que los conocieron que eran de la edad de Cristóbal (otro niño de quien se hablará mas adelante), y lleváronlos al pueblo de Orduña, y echáronlos en una honda barranca, pensando que echados allí nunca de nadie se pudiera saber su maldad; pero como faltó el niño Antonio, luego pusieron mucha diligencia en buscarlo, y el fraile Bernardino Minaya encargólo mucho á un alguacil que residia allí en Tepeyacac, que se decia Alvaro de Sandoval, el cual con los padres dominicos pusieron grande diligencia; porque cuando en Tlaxcallan se los dieron, habíanles encargado mucho á aquel Antonio, porque era nieto del mayor señor de Tlaxcallan, que se llamó Xicotencatl, que fué el principal señor que recibió á los españoles cuando entraron en esta tierra, y los favoreció y sustentó con su propia hacienda, porque este Xicotencatl y Maxiscatzin mandaban toda la provincia de Tlaxcallan, y este niño Antonio habia de heredar al abuelo, y así ahora en su lugar lo posee otro su hermano menor que se llama D. Luis Moscoso.

“Parecieron los muchachos muertos, porque luego hallaron el rastro por do habian ido y adonde habian desaparecido, y luego supieron quién los habia muerto; y presos los matadores, nunca confesaron por cuyo mandado los habian muerto; pero dijeron que ellos los habian muerto, y que bien conocian el mal que habian hecho y que merecian la muerte; y rogaron que los bautizasen antes que no los matasen.

“Luego fueron por los cuerpos de los niños, y traídos, los enterraron en una capilla adonde se decia la misa, porque entonces no habia iglesia.

“Sintieron mucho la muerte de estos niños aquellos padres dominicos, y mas por lo que habia de sentir el padre Fr. Martin de Valencia, que tanto se los habia encargado cuando se los dió, y parecióles que seria bien enviarle los homicidas y matadores, y diéronlos á unos indios para que los llevasen á Tlaxcallan.

“Como el señor de Cuauhtinchan lo supo y tambien los principales, temiendo que tambien á ellos les alcanzaria parte de la pena, dieron joyas y dádivas de oro á un español que estaba en Cuauhtinchan, porque estorbase que los presos no fuesen á Tlaxcallan; y aquel español comunicólo con otro que tenia cargo de Tlaxcallan, y partió con él el interes, el cual salió en el camino é impidieron la ida. Todas estas diligencias fueron en daño de

los solicitadores porque á los españoles aquel alguacil fué por ellos, y entregados á Fr. Bernardino Minaya, pusieron al uno de cabeza en el cepo, y al otro atado, los azotaron cruelmente y no gozaron del oro. A los matadores, como se supo luego la cosa en Méjico, envió la justicia por ellos y ahorcáronlos. Al señor de Cuauhtinchan como no se enmendase, mas añadiendo pecados á pecados, tambien murió ahorcado con otros principales.

“Cuando Fr. Martin de Valencia supo la muerte de los niños que como á hijos habia criado, y que habian ido con su licencia, sintió mucho dolor y llorábalos como á hijos, aunque por otra parte se consolaba en ver que habia ya en esta tierra quien muriese confesando á Dios; pero cuando se acordaba de lo que le habian dicho al tiempo de su partida, que fué:—¿Pues no mataron á san Pedro y á san Pablo, y desollaron á san Bartolomé, pues que nos maten á nosotros no nos hace Dios muy grande merced?—no podia dejar de derramar muchas lágrimas.”

En este hecho observamos dos cosas: la imprudencia de Minaya en alejar de sí á los niños para que desempeñasen una comision de suyo peligrosa, y la reprehensible falta de respeto al domicilio de los naturales. Mas de ningun modo debemos imputarlas al religioso que en todo era guiado por la mas sana intencion, sino á las ideas generalmente recibidas entonces, y que formaban esta pauta invariable para la conducta así del fraile como del gobernante: por alcanzar la conversion de los infieles no hay que escusar medios, pues todos son lícitos y todos se justifican.

En cambio, este mismo P. Minaya hizo mucho bien en la Zapoteca, donde misionó, y fué uno de los que cooperaron con mas empeño á la grande obra de la libertad de los indios, yendo á Roma, segun dijimos, á conseguir la bula que los declaró racionales y capaces de sacramentos.

XI.

BIBLIOGRAFÍA.

Mas ¿a qué estreño iríamos á dar si dejando correr la pluma, guiada por la admiracion, pretendiésemos reseñar la vida de tantos buenos religiosos como ilustraron la órden de Santo Domingo en los primeros tiempos de su fundacion en nuestro país? Los dos últimos tercios del siglo XVI forman en la historia del convento el período de su mayor esplendor, su edad de oro. Referir no ya los sucesos históricos enlazados con su existencia ó determinados por la propagacion de su doctrina, sino meramente los hechos privados de sus hijos, los triunfos alcanzados en sus predicaciones, las conquistas de su ciencia sobre la ignorancia y la barbarie, la vida, digámoslo así, individual, doméstica de la órden; referir solo esto, decimos, es materia de una labor especial que no emprenderemos por no desviarnos de la senda que seguimos, y que daría por fruto algunos interesantes volúmenes. Mas á pesar de esta consideracion no es dable pasar en silencio los nombres de varios religiosos que á los merecimientos de los que se distinguieron en el apostolado, supieron unir la gloria de producir obras con que se honra nuestra literatura, para lo cual fueron movidos, no por la vanidad, sino por el deseo de ser útiles participando á la sociedad los conocimientos adquiridos á fuerza de estudio y pacientes investigaciones. He aquí un catálogo de esos hombres beneméritos:

Fr. Benito Fernandez.—Escribió un tratado de la doctrina cristiana en lengua mixteca.

Fr. Pedro de Feria.—Compuso una obra á que dió por título: *Confesionario Zapoteco*.

Fr. Diego de Carranza.—Nos dejó un tratado de la doctrina cristiana en lengua Chontal.

Fr. Diego de Santa María, que fué provincial, imprimió en lengua mixteca la doctrina cristiana y las epístolas y evangelios, que en opinion de su biógrafo "fué la luz que han tenido los predicadores de aquella nacion."

Fr. Diego Durán, hijo de Méjico, escribió dos libros, uno de historia y otro de antigüedades mejicanas, que es, segun Dávila Padilla, la cosa mas curiosa que en esta materia se ha visto; y aunque no llegaron á imprimirse en su totalidad, parte de ellos lo fué ya en la *Historia natural y moral de Indias* del padre José Acosta.

Fr. Alejo Garcia.—Imprimió en Méjico el *Calendario perpetuo*.

Fr. Juan de Córdoba.—Escribió vocabulario de la lengua zapoteca.

Fr. Francisco Alvarado.—Idem, vocabulario mixteco.

Fr. Antonio de los Reyes.—Imprimió gramática de la lengua mixteca, con algunas curiosidades importantes para entender la cuenta de los años y tener luz en las historias de los indios.

Fr. Luis Rengino.—Supo las lenguas mejicana, mixteca, zapoteca, mije, chochona y tarasca, y escribió en ellas algunos tratados sobre diversas materias.

Fr. Antonio Dávila.—Escribió una buena gramática de la lengua mejicana.

Fr. Agustin Dávila Padilla, hermano del anterior, nació en Méjico, el año de 1562, siendo sus padres D. Pedro Dávila y Doña Isabel Padilla.—Beristain nos da acerca de él las siguientes noticias: A los diez y seis años de edad recibió en la Universidad literaria el grado mayor de maestro en artes, y á pocos meses el hábito de Santo Domingo, en cumplimiento del voto que había hecho por haberle Dios librado de perecer bajo las ruinas de una casa. Fué lector de filosofía y teología en los colegios y conventos de Puebla y de Méjico. El introdujo la costumbre de que sus hermanos en América llevasen el rosario descubierto por encima del escapulario, lo que no usan los dominicos de Europa. Su doctrina, celo y elocuencia le merecieron del rey Felipe III los títulos de su predicador, y crónista de las Indias, y últimamente la mitra de la iglesia primada de Santo Domingo, á donde pasó ya consagrado en 1601. Gobernó su iglesia cuatro años, habiéndose distinguido por su caridad y por haber vivido como religioso en una celda del convento de su órden. Murió este digno prelado en la corta edad de cuarenta y dos años en el de 1604.

Tenemos de su pluma.—*Historia de la Provincia de Santiago de la N. E. del Orden de Santo Domingo*, impresa en Madrid

en 1596, reimpressa en Bruselas 1625, fol. y en Valladolid 1634. De la primera edicion es el ejemplar que posee la biblioteca de nuestra Universidad.—Escribió tambien *Historia de las antigüedades de los Indios*. Manuscrito que cita el P. Franco en su *Segunda parte de la historia de la Provincia de Santiago del Orden de Predicadores de la N. E.*

El estilo de Dávila Padilla es sencillo, natural y á veces a menudo; en su lenguaje campea la soltura y gallardía de la buena locucion del siglo XVI. La primera de las obras suyas que hemos enumerado, y es la única que conocemos, está reconocida por nuestros literatos como una de las fuentes de la historia nacional. En el mismo caso se halla la crónica de la provincia de Chiapas y Guatemala del P. Remesal. Esta, sin embargo, será consultada con mas fruto por el que aspire á hacerse dueño de buenos y amplios datos acerca de la historia general de Méjico.

En cuanto á las producciones de los demas religiosos que figuran en el catálogo antecedente, no hay mas que advertir, sino que puestas á un lado las obras ascéticas, solo hemos llamado la atencion hácia las que tratan de arqueología y lenguas indígenas. La razon que para ello nos asiste se comprende fácilmente. Sin pretender apocar las obras del género mencionado en primer lugar, hemos creído que interesará mas generalmente tener noticia de las colocadas en segundo, por cuanto los estudios filológicos y de antigüedades están destinados á hacer un papel muy importante en las investigaciones sobre el origen y emigraciones de las razas primitivas de nuestro continente.

Por otra parte, ellas indican la naturaleza de las labores secundarias que tomaban á su cargo nuestros misioneros, en las cuales se advierte desde luego un objeto de utilidad práctica é inmediata, como era, posesionarse de la lengua de los naturales para ponerse en contacto mas íntimo con sus necesidades y remediarlas, al paso que sujetándola á reglas gramaticales y ordenando sus elementos en forma de diccionarios ó vocabularios, la salvaban de una ruina inminente á causa de la destruccion progresiva de los que la hablaban, y la trasmitian en toda su pureza á las generaciones futuras.

Remontándonos á la edad que tenemos á la vista, ¿cómo se agrada el alma en presenciarse la aplicacion de las facultades intelectuales y materiales que condujeron á ese resultado! Parece-nos asistir á las escenas encantadoras motivadas por las prime-

ras predicaciones evangélicas en el país. ¡Qué cuadros tan tiernos! ¡qué sencillez de costumbres! ¡cuánta elevacion en medio de la simplicidad y la pobreza! Ved ahí al misionero en medio de los neófitos; es el pastor rodeado de su grey. Acaba de hacer una conquista, la de su corazon, no para sí, mas para el cielo; acaba de obtener un triunfo espléndido, re lucirlos á la vida civil, tener reunidos en un solo pueblo á hombres que no ha mucho habitaban en las gargantas de los montes, ó en el laberinto de las cañadas, guarecidos en chozas miserables, contentos en su aislamiento, sumergidos en el fango de la supersticion, y que no buscan la sociedad de sus hermanos sino para tener cómplices en las prácticas abominables de la idolatría. Pero el ministro de paz goza en tenerlos á su lado, como un anciano patriarca al verse en medio de su numerosa descendencia, y ellos poseidos de un sentimiento generoso, gustan el mismo placer tranquilo que el viandante á la sombra de un árbol hospitalario. Ya experimentan ese bienestar inefable que trae consigo la adquisicion de la verdad; ya ven eusancharse el horizonte de la vida cuando escuchan de labios del apóstol los mágicos acentos de una religion sublime que establece como uno de sus principios cardinales, el amor. El entre tanto, modesto y diligente, laborioso como el siervo activo del Evangelio, siembra y cultiva en un mismo terreno el árbol que da la vida y la tierna planta que perfuma la existencia temporal; pone en manos del indio el libro sagrado que encierra un bálsamo divino para curar las heridas de la humanidad, y el arado civilizador con que obligará á la tierra á ser mas pródiga de sus tesoros; muéstrale la senda que conduce al empero, y se la cubre de rosas; alecciónale en sus deberes de ciudadano; estudia sus costumbres, conserva fielmente sus tradiciones y recoge una á una las voces de su lengua para formar con ellas un tesoro que confia á un libro. ¿Se extrañará ahora que con esos méritos se haya granjeado su cariño? ¿Con una conducta semejante no causan asombro las maravillas de Orfeo! Y cuando se reflexiona que estos hechos tuvieron por teatro una naturaleza virgen, fecunda, vigorosa y llena de encantos; cuando se piensa que el actor es un hombre separado millares de leguas de su país natal, ageno de todo interes que no sea el de practicar el bien, y resuelto á sacrificarse por llevar adelante su mision bienhechora, entonces la admiracion sube de punto, se aplauden tan nobles determinaciones y se siente un placer

entrañable en pagar un tributo de gratitud á la fuerza celestial que las dictaba.

No hay que dudarlo: el dedo de Dios selló la época en que brillaron nuestros primeros apóstoles. Su historia es un poema, pero un poema en que la realidad hace las veces de ficción; un poema en que los héroes se presentan revestidos de una naturaleza escepcional y animados de un espíritu angélico. El libro de su vida es el libro de la inmortalidad. Nosotros hemos recorrido sus páginas de oro: ¡qué torrente de luz! ¡cuánto amor! ¡cuánta enseñanza! ¡qué modelos tan acabados de desprendimiento y noble desinterés! . . . ¡Y quién ha podido hacer olvidar acciones tan meritorias! ¡qué mano fatal ha cubierto con un velo sombrío esas efigies gloriosas! ¡por qué todo lo humano decae y degenera! ¡qué maldición oculta pesa sobre las instituciones mas benéficas! ¡por qué la relajacion traidora se inocula en ellas y las carcome y disuelve como un humor corrosivo! ¡por qué se introduce insensiblemente el abuso como un reptil venenoso hasta en el sagrario de la virtud!

¡Almas leales! hombres de corazón limpio, que no podeis hallar solaz en un mundo donde todo es parodia y corrupcion, que apartais los ojos con tristeza de las sociedades degeneradas, que no veis en los institutos monásticos ni la sombra de lo que fueron, venid! Digamos á Dios al presente, y cruzando por entre las ruinas de los siglos, lleguemos á la infancia de una órden religiosa, embellecida por las armonías de la santidad y de la ciencia. Dejemos á la espalda el mundo de las tinieblas, y busquemos la esfera de la luz para embriagarnos en sus fulgores: el corazón que no descansa en los objetos que le rodean, se complace por instinto en divisar, aunque de lejos, el espectáculo del bien. Cuando el caminante se detiene cansado á orillas del río que serpea por el valle, y ve melancólico discurrir las turbias ondas que arrastran cadáveres vegetales, no puede menos de dirigir la vista hácia la vecina montaña de donde el agua procede, y con el pensamiento subir por su cance, entre bosques amenos, hasta llegar al manantial purísimo de que nació. Allí admira la cuna del río, esmaltada de flores que brindan su néctar á la mariposa, y escucha los himnos de las aves hospedadas en los árboles que forman un delicioso concierto, mientras ve pasar por entre las ramas la gallarda nube que camina en silencio por el firmamento azul.

XII.

EL ILLMO. SR. D. FRANCISCO NARANJO.

Pero avancemos algun tanto mas y coloquémonos en el siglo XVII. Ya en esta edad comienza la decadencia de la órden dominicana. Amortiguado el fervor primitivo, se iba infundiendo el espíritu del mundo en las costumbres de sus hijos, y á la estrecha observancia de la regla sucedia la vida meramente vegetativa de la celda, ó lo que es peor, la ingerencia en asuntos cortesanos y las controversias fútiles suscitadas por el espíritu de escuela. Caía en desuso la santa pobreza de los buenos tiempos, y se levantaba en su lugar el deseo de amontonar tesoros: ya no basta el pan de cada dia; han tomado cuerpo las necesidades, y mientras se apaga el amor de los bienes del cielo, enciéndese mas y mas el anhelo por los bienes inestables de fortuna. El estado de la comunidad, que representa las nuevas exigencias y el desahogo con que se cubrian, llamaba la atención: era el de la prosperidad material. Balbuena decia entusiasmado al observarla:

“Su templo, casa y su riqueza admira.”

Pero en cambio, ¡cuán lejos estaba ya del objeto primario de su instituto! Los religiosos abandonaban las misiones para aglomerarse en los conventos de las capitales; la palabra eterna carecia ya de órganos en el desierto, donde los naturales reincidían en las abominaciones de su culto sanguinario, mientras los que antes desempeñaban aquel sagrado oficio hacían resonar los templos con sermones repulidos y amanerados, buenos para contentar el oído, pero que no arrancaban una lágrima.

Nuestra órden volvía la espalda á los indios y hacia las paces con los opresores; divorciábase de la caridad y estrechaba afectuosamente la mano de la inquisicion.

No obstante, solía aun brotar en la soledad del retiro algun nardo de regalada esencia. Dejemos por un momento el claustro de Santo Domingo y trasladémonos á la Universidad.

Un concurso numerosísimo se apiña á sus puertas. Alabar-